

Acerca de Dios trascendente

ADOLFO MUÑOZ ALONSO

Universidad de Murcia

El título sugiere a las claras tema y cometido. A los filósofos les ha ocupado a algunos; preocupado a todos. Nosotros mismos le hemos dedicado una obra con especial referencia a los griegos (*La Trascendencia de Dios en la Filosofía griega*. Publicaciones de la Universidad de Murcia, España, 1947). Entienda, pues, quien escuche la lectura de estas líneas, que se trata de un esclarecimiento y enfoque severo.

No entra en nuestro propósito agotar en monólogo lo que sólo en diálogo podría serenarse. En filosofía la voz adquiere plenitud y hondura, sabiduría y verdad, cuando retorna como interrogante abierto a quien la pronunció en demanda de confirmación o de reparos dialécticos. Y esta es cabalmente misión de Congreso. Inefable es, en filosofía, aquello sobre lo que se puede entablar diálogo, por evidente paradoja. No lo que —por indigencia— nada puede ofrecer, sino aquello sobre lo que —por rico e inexhausto— nada se puede hablar que lo explique con suficiencia.

Lo trascendente, por serlo, exige en su pura denominación dos consideraciones. Trascendente a *mi* pensamiento y trascendente *al* pensamiento. A mi pensamiento si algo hay trascendente es el mundo exterior. Al pensamiento si aceptamos alguna trascendencia es la del mundo ideal. Autores denominarán trascendencia gnoseológica la del mundo ideal; trascendencia metafísica la del mundo exterior. En la trascendencia del mundo exterior —la metafísica— entra en juego el yo individual. En la trascendencia gnoseológica cuelga del pensamiento —no ya de mi pensamiento— la objetividad de cualquier enunciado por el puro hecho de serlo. El pensamiento ha de litigar con lo trascendente como implicado en él, sin que por ello se agote en la fenomenidad lógica, ni —claro es— psicológica.

Retornando a una terminología que aclare y selle conceptualmente

los vocablos, la trascendencia se ofrece en dos perspectivas reflejadas en la lumbre de su hondura, no en extensión de eficiencia causal: la trascendencia objetiva (= de lo objetivo), y la trascendencia real (= de las cosas).

La historia de la Filosofía es un despliegue estremecedor de este perspectivismo. Porque se ha pretendido una incidencia de la verdad en la trascendencia, hasta tal punto que mientras un logicismo formal —aún no trascendental— sólo descubría en lo cubierto la verdad que, por lo tanto, es trascendente objetivo, un alogicismo sistemático admitirá verdad en lo trascendente real y tendrá como verdadero lo que en lo real trascendente se funde y torne inteligible. Ininteligible será para unos lo que no se explique en la luz de lo que es ininteligible para otros.

Cierto que no todo ha sido ofrenda de lo objetivo o de lo real, pues mito, religión y método han determinado, a ciencia o ignorándolo, el discurso histórico; pero, en definitiva, la Filosofía ha mantenido como verdad descubierta lo que pudo ser tan sólo anhelo poético, figuración geométrica o proceso científico.

Nuestro propósito olvida hoy para otra coyuntura propicia —no por ignorado o resuelto— el tema de la trascendencia objetiva, el de la trascendencia real y el de la mutua dependencia contradictoria o de simple oposición. Y acomete lo trascendente divino, la trascendencia de Dios.

Ociosa sería la disquisición que intentara acordar el alcance de estos vocablos: Dios trascendente; pues se prestan inteligibilidad conceptual. Lo que se persigue es la posición extraconceptual absoluta de lo enunciado.

Lo Trascendente divino, Dios trascendente, no se ofrece al filósofo con las características de lo real —de lo habido por real—, ni de lo objetivo. Lo trascendente divino —si se da— trasciende no sólo a mi pensamiento, sino al pensamiento. Y a éste de una manera peculiarísima e inconfundible. Dios trascendente —la etimología es aleccionadora— vive y alienta más allá de las fronteras conceptuales; más allá y sobre ellas. Algo primordial y seguro puede predicarse de Dios trascendente: que no se contentará con ser ni lo trascendente objetivo, ni lo trascendente real.

Sólo poniendo a prueba nuestra indulgencia podremos escuchar que Dios se esconde en lo real o en lo objetivo. Y no es perito en

el léxico filosófico quien aventura la frase de que lo real u objetivo esconden a Dios. Lo real o lo objetivo no son, en su trascendencia, nada de Dios. Todo lo de Dios es Dios; y lo que no es Dios no es de Dios en el santuario de su trascendencia. Si en el reino de la mística o de las vivencias religiosas estas expresiones son felices, díganlo los agraciados, pues en filosofía son equívocas. Y sabido es que un equívoco sobre lo trascendente divino no es un error parcial, es una negación radical. El equívoco incide sobre lo absoluto y puro anihilándolo, no sólo desvirtuándolo.

El pensamiento satisface sus exigencias críticas con lo objetivo y lo real. El conocimiento se aviene con el mundo ideal y con la algarabía de lo real en una doble consideración ya apuntada que le tienta y contenta. Hay auténtico conocimiento humano sin Dios como objeto, sencillamente porque el ser es en los seres reales y en los ideales; ya que gozán de inteligibilidad. Y esto basta para que el conocimiento sea auténtico.

Filósofos encontramos de raza que atribuirán al conocimiento trascendentalidad formal; otros —afilando más su intuición— le otorgarán inteligibilidad absoluta; y la inteligibilidad será entonces virtud noética o puramente lógica. Sin recurrir —por estimarlo ellos contradictorio o asáfico— a una onticidad o a una objetividad formal clásica. La tradición filosófica avala el enunciado de que el conocimiento se satisface con el óbolo de lo objetivo y de lo real. Entendido por cada escuela o dirección —la idealista, la trascendental primero, la realista medioeval escolástica antes— a su modo.

Lo trascendente divino o despierta una exigencia dormida o inédita del conocimiento o se alumbra en lo real y objetivo en un proceso de anonadamiento radical. Sólo así cabe hablar de Dios trascendente como mostración del entendimiento —en el primer miembro de la disyunción—, o como demostración inferente — en el segundo. Ensayar como válidas ambas pruebas —reforzándose mutuamente— nos llevaría a un campo polémico harto fatigoso en el que no quisiéramos luchar. Y presentar ahora a los valores y en ellos a Dios trascendente exigiría otro proceso que no nos es dado tampoco incoar hoy.

Bueno será recordar, en gracia al orden de exposición, que ninguno de los pensadores griegos exigió al pensamiento una trascendencia divina. Los manuales de Historia de la Filosofía hablan de Dios trascendente en la filosofía griega con alegre confianza; otros

libros arremeten contra esta postura con hosco sectarismo. Como si la historia fuera madre, y no hija, de la Verdad. Los filósofos griegos —creemos nosotros— están condicionados por los linderos tópicos y crónicos y padecen en su filosofía la servidumbre de su cultura.

En el discurso de la Filosofía, hasta el *Proslogium* no se expresa, de intento deliberado, una mostración de Dios trascendente, en exigencia conceptual. No decimos que la maravillosa penetración anselmiana gane para la filosofía una prueba de Dios trascendente —aunque no rechazaríamos a quien esto dijere. No afirmamos que el enfoque anselmiano esté proyectado desde el ángulo de visión más correcto entre todos los posibles para una mostración noética; pero sí invocamos para San Anselmo la originalidad personalísima de haber descubierto a Dios trascendente en un suspiro del pensamiento, irrefrenable y profundo.

La mente entre sus pensamientos encuentra el de Dios trascendente. Es esta una expresión que no levantará inquietudes filosóficas; sencillamente porque no proferimos palabras sobre el carácter de la invención de ese pensamiento. Ahora bien; el pensamiento, por serlo, no es en sí mismo trascendente. La trascendencia es una peculiaridad extraconceptual. Y sobre cualquier otra, la divina. Es decir, que lo trascendente divino, Dios trascendente, es insobornable a una identificación con la inmanencia del pensamiento o de la mente, en tal grado que si hay algo que no puede ser puro pensamiento del hombre es Dios trascendente. Cabría que lo fuera lo objetivo o lo real, pero lo divino no. Se advierte disparidad existencial entre Dios trascendente y pensamiento humano, y περιχώρησις entre Dios trascendente y pensamiento divino. Es decir: Dios trascendente, no lo es a su divino pensamiento. Identificar los dos copulados —Dios trascendente y pensamiento humano— es olvidar uno de ellos en su autenticidad significativa.

Al margen de estas consideraciones permanece verdad, sin embargo, que la mente humana encuentra en sus dominios conceptuales no ya el pensamiento en un Dios trascendente o de Dios trascendente, sino a Dios trascendente. La mente mienta a Dios trascendente en un pensamiento. Dios trascendente es lo originario de ese pensamiento. En el principio es el pensamiento, y en el pensamiento es Dios trascendente, sin alusión evangélica. Entiéndase bien: Dios trascendente. No es sólo que el objeto de ese pensamiento humano sea Dios tras-

cidente; sino que Dios trascendente es en cierta manera ese pensamiento, aunque —reiterémoslo— no identificándose con el pensamiento; ya que entre Dios trascendente y pensamiento humano no cabe resolución de identidad.

¿En qué sentido, pues, tiene sentido que Dios trascendente es el pensamiento que lo mienta? En este: Dios trascendente está presente y patente en el pensamiento que lo mienta, mientras ese pensamiento sea categoremático. Es decir, mientras sea pensamiento de lo que es. A ese pensamiento de Dios trascendente si le reducimos, por inversión, a pensamiento de Dios —no— trascendente —si es *in mente*, no *in re*, como seguirán diciendo los escolásticos— no es pensamiento. Pierde su estructura no sólo su sentido. Dios trascendente se presenta con una exigencia insobornable e inexorable a un pensamiento, al pensamiento que lo mienta. Dios para la mente es más *in re* en ese pensamiento —si cupiera el más y el menos— que lo objetivo ideal de los platónicos y que lo real sensible de los peripatéticos; porque se lo exige la peculiaridad única de ese pensamiento original. Por eso sólo es insipiente, sin sabor de sabiduría; insensato, sin sentido íntimo de la verdad; demente, sin acuerdo posible de su facultad racional; enajenado, sin estar en sí mismo, quien en su pensamiento de Dios no contempla a Dios trascendente. Quien en este pensamiento de Dios no se le hace patente Dios trascendente, creyendo pensar no piensa. Cae en el supremo error; en el que claudica la mente que piensa, perdiéndose.

Si Dios no es Dios trascendente en ese pensamiento, no es tampoco Dios; porque no hay pensamiento. Es como si —para entendernos— Dios apagara el fulgor de su presencia al no ser trascendente en ese pensamiento y con la sombra se desvaneciera también el pensamiento que tan en falso lo mentaba.

Quien negara trascendencia al mundo de las ideas o al mundo exterior a pesar de exigírselo su pensamiento o la peculiaridad de lo pensado padecería engaño, pero no demencia; viviría en error, pero no en insanía. Se equivocaría sobre algo, pero no sería un enajenado de su mente. Acordaría mal realidad y pensamiento, pero no por ello su mente dejaría de ser cuerda. Le engañaría lo de fuera celándole su trascendencia, pero no abjuraría de su mente en sí mismo.

En lo que atañe a la afirmación de Dios trascendente con el asidero de lo trascendente real o de lo objetivo, hemos de llegar a la filosofía

contemporánea para encontrar sentido al proceso. Sentido frente a la moderna, porque la patrística y la escolástica están en Dios trascendente. La escolástica filosofa en Dios trascendente, sin resolución acuciante; en estado de inocencia.

La filosofía moderna está con Dios, frente a Dios o sin Dios —pónganse de acuerdo los historiadores—, pero ciertamente no está *en* Dios. La filosofía moderna está en la razón, en el mundo de su razón; pero no está en razón; pues esto sería estar en Dios. Con esta luz encendida en el Renacimiento aparece un nuevo mundo que habría ofuscado y desconcertado al pensamiento medioeval. No es exacto —y quisiéramos que no fuera escandaloso— que este mundo de la razón del filósofo moderno es un mundo que atesora objetividad asertórica en muchas de sus afirmaciones, si no categórica o apodíctica. Y por ello la demostración de Dios trascendente hay que ejercitarla desde este mundo y no desde el fenecido, en sombras. Hay que poner en razón la filosofía de una razón que no estará ya nunca en Dios.

Dios trascendente no amanece en lo trascendente objetivo ni en lo real, porque en ello sólo se conoce lo que es trascendente objetivo o real. Y es claro que Dios trascendente no es el ser que es lo trascendente real ni lo trascendente objetivo. Para ahuyentar anfibiologías de lenguaje apresurémonos a decir que lo objetivo y lo real no gozan de analogía con lo trascendente divino. Lo objetivo y lo real será analógico en sus participantes y en su constitutivo formal, pero no en lo divino trascendente. Más sencillo, Dios trascendente es una supersunción de lo real o una intusunción de lo objetivo, pero no una analogía eminential o de afirmación.

Cuando Santo Tomás de Aquino se escuda —ya en los preliminares— con el proceso de negación —no de negaciones— que le enseña San Juan Damasceno, adopta una táctica filosófica ejemplar. El Doctor de Aquino se atreve a negar de los seres todo lo que ve y entiende en ellos, para mejor afirmar que Dios sea y lo que Dios sea.

Cabalmente hoy los seres nos ofrendan en su indeterminación absoluta no la negación, sino la omnitudo de la nada. No de *su* nada, de *la* nada. Ya se entiende que lo indeterminado absoluto no es Dios trascendente, pues no lo fué ni para Hegel. Lo que se pretende afirmar es que Dios trascendente no es nada de lo objetivo o real del mundo de nuestra razón, sino lo trascendente a él. Y esta trascendencia no se logra en ese mundo, ni propiamente desde ese mundo,

sino desde su anonadamiento absoluto, en la nihilidad de la nada del mundo de la razón.

De la nada nada se hace, por eficiencia causal; pero algo se demuestra: su contradictorio absoluto; precisamente porque nada se hace. Y si nada se hace y, sin embargo, algo es en la nada sin la nada, no serán los seres ciertamente, sino Dios trascendente quien sea.

No será laborioso ya, que el conocimiento de lo trascendente divino desde lo objetivo y real, por anonadamiento absoluto, incida en el conocimiento desde el pensamiento. Dios trascendente aparece al pensamiento por su pura enunciación mental, y en lo contingente por decantación y anonadamiento óptico, que torna inteligible y maravillosamente germinativo el concepto cristiano de creación, en la nada absoluta; absoluta, pues Dios la trasciende.

En la Nada no se hacen patentes los seres, Dios sí. Los seres se sostienen en la Nada y en Dios. Sólo Dios es tras la Nada. Al trascender a la Nada trasciende Dios a los seres todos, en este orden y no en el inverso.